

EMANACIÓN

ANDREA CIRIA



LENGUA DE DIABLO
■ COLECCIÓN PIXEL

Emanación

D.R. © 2020 Andrea Ciria

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición junio 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

EMANACIÓN

ANDREA CIRIA



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL

EN LA FOTOGRAFÍA

Los verdes montículos se asomaban a lo largo y ancho del camposanto. Las lápidas de cemento y mármol revelaban nombres y apellidos sobre las fechas de nacimiento y defunción. Quise acompañarte en tu fingido dolor, pero supe que lo mejor era guardar distancia. Apenas escuché algunas palabras que el hombre religioso decía mientras las pocas personas que lloraban, vestidas de negro, miraban el ataúd: blanco, rodeado de flores amarillas, que parecían enjugar sus lágrimas cuando el viento movía sus pétalos. Te miré desde el muro que rodeaba el enorme jardín de muertos. La tarde había caído para enmarcar con tonos amarillos su despedida, su descanso eterno y el fin del remordimiento. En eso pensaba mientras me retiré, sigilosamente, del cementerio.

Esos lazos de sol naranjas y amarillos al atardecer fueron los mismos que me cegaron por un instante cuando nos conocimos. El resplandor pálido se filtraba por el cristal de mi tienda de flores, un pequeño espacio perfumado y coloreado por la naturaleza. Entraste sin prisa. Buscabas entre las flores un color que no existe, que no sentías. Elegiste las rosas amarillas, “Una docena”, pediste. Te atendí en silencio hasta que miré tu mano izquierda, tu sortija. Las rosas amarillas no son un trillado simbolismo de amor. Te pregunté si querías una tarjeta para el ramo, negaste con la cabeza y me miraste a los ojos; yo me concentré en el papel celofán para envolver la docena amarilla.

Regresaste a mi tienda un mes después. Te acercaste al mostrador. “Una docena de rosas amarillas, por favor”. Caminé hacia los cubos de agua llenos de flores. “Y otras doce, rojas”. Me petrifiqué. Tal vez sí sabías que debían ser rojas y no amarillas. Preparé los

dos ramos, pero sólo te llevaste el amarillo. Esta vez sí sostuve la mirada en lo profundo de tus ojos. Incluso después de besarte.

La siguiente visita que hiciste a la florería fue para irme contigo. Conocí ese *chalet* lejano de ensueño que no era mi hogar, sino el de ella, y el tuyo. Estábamos solos. Me llevaste a tu recámara y dulcemente arrancaste mis pétalos entreabiertos.

Dormías cuando me despertó la tormenta. Abrí los ojos asustada tras un portazo. Apreté tu mano. “No vendrá sino hasta mañana, ha ido a visitar a su madre”, dijiste aún dormido. Me puse de pie y salí al pasillo. Encendí las luces y caminé sigilosa hacia la cocina, pero su mirada me atrapó a mitad del trayecto. Las fotografías de tu mujer estaban sobre una consola barroca de caoba. Me había visto, me descubrió ahí, semidesnuda, sin pudor. Al centro había una fotografía con marco sencillo, en la que ella portaba un lindo atuendo de verano, sin mangas. Llevaba zapatos de tacón muy altos. Primero elegí ésa, la del vestido amarillo, para conocer su rostro de cerca; lo cubría el cabello que ondeaba por el viento. La coloqué de nuevo sobre la encimera y cogí otra. Ella estaba de espaldas, sobre un largo puente de madera. Luego, una capelina apenas dejaba ver su boca, y en otro retrato, en tres cuartos de perfil, su propia mano cubría su talante. Necesitaba ver sus ojos, que me seguían sin reparo. Suspiré y me dirigí a la cocina.

Comprar flores para tu esposa, contrariamente a lo que cualquiera pensaría, para mí era un momento especial. En realidad ibas a verme, a besarme, a esconderte conmigo en el minúsculo baño del local comercial. Al salir, tus manos infieles iban cubiertas del abrazo amarillo de las rosas. Imaginé el momento en que ella las recibía. Pedías un color que para algunas personas simboliza amistad, pero también perdón, e incluso desprecio. Nunca creí en esas falacias, pero las utilizaba para vender mis flores. Aunque en

el fondo sólo tú sabías por qué comprabas ese color, que era mi favorito.

Entonces, un atardecer que perdió pronto su brillo, llamaste a la florería. “Necesito muchas flores. Todas. Amarillas. Ha muerto”. Preparé los adornos florales que me pediste. No pude cobrártelos. ¿Remordimiento? La gente en el funeral los habrá visto y pensado que era el color que a ella más le gustaba. ¿Tú lo sabías?

Llegamos al *chalet* por la noche. Desapareciste todas sus fotografías. La consola se me antojó triste, salvo por las figuras de cristal de Murano y un florero con las rosas amarillas. “Quédate conmigo”. Lo hice. La primera noche fue como otras tantas; me aprisionaste con tus brazos durante horas, pero amaneciste abrazando una almohada. Por la mañana, antes de regresar a mi florería, tropecé con unas zapatillas de tacón muy alto en el pasillo de la cabaña. No eran mías. El peor golpe lo recibió mi brazo izquierdo, y un hematoma apareció al poco.

Con la caída del sol cerré la tienda y subí a mi auto. Fui a mi departamento para empacar algunas pertenencias. No sabía si debía llevarme todo de una vez. Apenas te conocía. Guardé algunos vestidos, libros y pijamas. El trayecto rumbo al pueblo donde se ubicaba el *chalet* me pareció demasiado largo. Al llegar encendí las luces y caminé hacia la recámara, por el pasillo. Suspiré aliviada al mirar la consola sin fotografías.

Entrada la noche, llegaste exhausto. Apenas dijiste “Estoy muerto”, y entraste a la cama. Al día siguiente desayunamos en el comedor. “¿Te gusta la casa? Te mostraré los alrededores, son un bellissimo paisaje”. Asentí. Me puse un vestido ligero, sin mangas. Cogí mi sombrero de grandes alas y salimos a dar un paseo. Llevabas tu cámara. “Ahí, entre esos dos árboles con flores”, me pediste posar. La marca de la sortija en tu mano izquierda parecía indele-

ble. Llegamos a un puente de largos maderos. El río, profundo y helado, corría por debajo salpicando gotitas sucias. “Apóyate en la baranda. Mira a la cámara”. De vuelta en la cabaña, acariciaste mi piel sedosa y perfumada.

Esa noche el cansancio me arrastró a un sueño de colores velados, imágenes desfiguradas por lentes opacos; gruesos cristales que me impedían distinguir cualquier silueta. El constante ir y venir de las luces me aturdía. Algunas veces, en total oscuridad, escuchaba pasos, puertas que abrían y cerraban, e incluso sentía la corriente del viento. Los pétalos amarillos, de flores viejas y mortecinas, caían lentamente junto a mí. Me desperté en la madrugada y ya estabas en la ducha. Preparé el desayuno. Sentí que me faltaba el aire y abrí las ventanas del comedor. Hacía frío. Te sentaste a la mesa después de besarme. Parecías feliz. “Tengo que salir unos días del pueblo. Iré a la capital”. Antes de irte me entregaste tu cámara. “Imprímelas. Quiero tenerte para siempre”.

Por la tarde, al cerrar mi florería, fui a imprimir las fotografías. La velocidad del proceso digital no me dio tiempo de pensar en nada. Me entregaron un sobre lleno de imágenes. No pude esperar a regresar a mi auto y las observé ahí mismo. Entonces lo noté: el vestido amarillo, el puente de madera, el rostro cubierto en todas las fotografías, la capelina oscureciendo las facciones. Indiqué al encargado de la impresión que ésas no eran las fotos que quería, sino las más recientes. “En la memoria sólo están ésas”, me respondió sabiendo el hombre. Miré con atención las imágenes. El moretón en mi brazo izquierdo estaba ahí, como la marca blanca de tu sortija, inconfundible.

Regresé al *chalet* indispueta. Me faltaba el aire. Tenía frío. Dejé el sobre con las fotografías sobre la mesa del comedor y me recosté en la cama. Desconozco el tiempo que esperé tu regreso. Cuando

desperté, todo estaba oscuro. Escuché tus pasos. Prendiste la luz del pasillo. Sólo pude adivinar tu figura al pasar frente a la consola con los cristales de Murano, que desfiguraban tu sombra antes de que entraras en la habitación y durmieras solo, abrazando una almohada.

EMANACIÓN

La pequeña Luva y su madre, Tekei, se mudaron a un barrio permeado de pobreza. Tras el divorcio, el padre de Luva apenas les daba lo suficiente para pagar la renta de una diminuta vivienda de interés social, perdida en un laberinto de cientos de casitas idénticas. Tekei hizo su mejor esfuerzo para limpiar su nuevo hogar; quitar las manchas de moho, humedad y grasa en las paredes, y pulir las ventanas impregnadas de vestigios de gotas de lluvia ácida. Más tarde, debía buscar un trabajo; Luva pronto tendría edad para ir a la escuela.

Una mañana, mientras Tekei barría el polvo grisáceo en la entrada de su casa, Luva se acercó a ella y tiró de su falda. La madre bajó la mirada y vio que su hija señalaba algo. Había otra niña, no mucho mayor que Luva, sentada con las piernas abiertas en medio de la calle mugrienta. Tenía el cabello largo, muy revuelto y oscuro; llevaba un vestido que antaño fue blanco, y estaba descalza. Tekei le ordenó a Luva que esperara ahí, que no se moviera. Entonces se aproximó a la delgada criatura de larguísimas extremidades y se acuclilló a su lado:

—Hola, nena —le dijo buscando los ojos de la cría entre los mechones de pelo sucio—, es muy peligroso que juegues en la calle. Alguien podría atropellarte. ¿Dónde está tu madre?

La niña se retorció como si miles de resortes mal unidos movieran cada uno de sus débiles músculos, y dobló el cuello con esfuerzo para ver a Tekei, que se percató del lodo y las costras en las piernas y brazos de la pequeña. En ese momento, una mujer de aspecto descuidado se acercó empujando una silla de ruedas:

—¡Menade! No molestes a la señora.

Tekei se puso en pie y dijo:

—Hola. ¿Es tu hija? Temí que un coche la golpeará.

—Siempre es lo mismo —se cruzó de brazos—, si la dejo de vigilar un momento, sale de la casa y se sienta justo aquí, donde la ves, cerca de esa rejilla hedionda del drenaje, como esperando a que pase un camión y la mate.

Tekei se quedó de piedra. La madre de Menade chasqueó los dedos, y la escuálida niña se arrastró, como gusano tasajeado, hacia ella. Luva contemplaba la escena intrigada, y la mujer cogió de las axilas a su hija para sentarla en la silla. Menade dio un grito ahogado antes de ceder y permitir que la acomodaran en el asiento.

—Gracias por tu ayuda —dijo la madre de Menade y negó con la cabeza—. No entiendo cómo es que logra escapar.

Tekei asintió sin entender a fondo, cuando sintió que Luva le abrazaba las pantorrillas.

—No fue nada —dijo Tekei acariciando la cabeza de Luva.

—¿Es tu hija?

—Sí. Nos mudamos hace unos días —señaló su casa—. Soy Tekei, y ella es Luva.

—Mucho gusto, me llamo Vessa —dijo y pensó un momento antes de continuar—. Tekei, no le permitas que Luva beba agua del grifo.

—¿El qué?

—Está sucia, contaminada. Según los médicos —bajó el tono de voz—, eso fue lo que pasó con Menade.

Tekei abrió los ojos como platos:

—¿El agua la.../

—Mi hija no estaba mal —dijo con pesar.

Tekei se despidió de Vessa. Cogió a Luva de la mano y fueron a una farmacia cercana a comprar botellas de agua. Regresaron a

casa; ordenó a Luva no beber del grifo y comenzó a leer el periódico, con la esperanza de encontrar alguna vacante de empleo. Mientras tanto, Luva fue a su habitación a jugar y se asomó por la ventana al escuchar una risita constante. Era Menade. Parecía una muñeca de trapo tirada sobre la tierra seca, revuelta. Luva sonrió y la saludó agitando el brazo. Entonces Menade abrió la boca y balbuceó algo, comenzó a arrastrarse y viró la cabeza hacía su nueva amiga. Luva fue con su madre:

—Mami, ¿puedo ir a jugar?

—En tu habitación, cariño.

—No. Afuera. Con la otra niña —brincó de emoción.

Tekei abrió la puerta y vio a Menade desparramada sobre la tierra. Suspiró dudosa y se acercó. La cogió de las axilas y la llevó hasta su sala. Luego cruzó la calle. Al llegar a la casa de Vessa, tiró de un cordón y agitó una campanita. Su vecina salió de inmediato.

—Hola, Vessa.

—¿Otra vez Menade? ¿Está en medio de la calle?

—No. En mi casa. Creo que las niñas quieren jugar. ¿Te parece bien?

—¡Oh!, claro que sí, pero.../

—No te preocupes. No beberán agua del grifo.

Transcurrieron unas semanas. Tekei encerró en un círculo un anuncio en el periódico y llamó por teléfono. Le dieron una cita para entrevistarla al día siguiente. Emocionada, miró a Luva sentada en el suelo; cepillaba el largo y enmarañado cabello de Menade. Al caer la tarde, Vessa tocó a la puerta.

—Tekei, querida, es hora de que Menade regrese a casa.

—Bien —dijo Tekei y apretó los labios antes de continuar—. Vessa, ¿podrías cuidar a Luva mañana? Sólo por unas horas. Iré a una entrevista de trabajo y.../

—No se diga más. Ve tranquila.

Debajo de su pesada melena, Menade esbozó una especie de sonrisa torcida al escuchar la conversación entre Tekei y su madre. Intempestivamente, levantó uno de sus brazos, como impulsado por toque eléctrico, y gritó palabras inteligibles.

Temprano al día siguiente, Tekei llevó a Luva a casa de Vessa. Se despidió tratando de ocultar su nerviosismo y se marchó. Menade se dejó caer de su silla de ruedas y se arrastró hasta su amiga. Luva la abrazó y Vessa miraba enternecida la escena. Entonces timbró su teléfono. Menade cogió con fuerza la mano de Luva y se deslizó hacia una puerta metálica en la cocina; levantó su delgado brazo y señaló la chapa. Luva la abrió y salieron al pequeño traspatio lodoso. Menade empujó con la cabeza una maceta colocada junto a la pared. Había un hueco. Luva rió mientras la otra salía por ahí, y la imitó. En la calle, Menade reptó hacia la rejilla del drenaje. Con movimientos torpes se sentó con las piernas abiertas. Se contoneaba y gemía. Un gorrión aterrizó cerca de los barrotillos que tanto llamaban la atención de Menade, que golpeó el suelo con las palmas al ver al ave. Luva miraba la escena sin comprender. Del interior de la coladera escapó un vaho que sacudió las plumillas del pájaro. En ese instante, sus patitas dejaron de soportar su peso y desplegó las alas, pero no pudo alzar el vuelo. Inquieto, el gorrión se arrastró. Menade balbuceaba cuando Vessa salió corriendo hacia ellas, empujando la silla de ruedas. Molesta, cargó a su hija y la sentó. Luva señaló al ave:

—¡El pajarito! —exclamó, pero Vessa le ordenó regresar a la casa.

Tekei llegó un par de horas más tarde. Tocó a la puerta y Vessa le ofreció una taza de café.

—Comenzaré a trabajar la próxima semana —dijo Tekei alegre,

mientras acariciaba la melena castaña de Luva—. Mañana iré a buscar una escuela para mi nena. ¿Se ha comportado?

—¡Oh sí! Es una niña muy obediente —respondió Vessa tratando de ocultar su miedo. Aún no entendía por dónde se habían salido las niñas a la calle.

Menade vio que su madre y Tekei entraron en la cocina. Hizo un ruidito gutural y Luva fue hacia ella. Se encaminaron a la puerta principal y Menade la golpeó ligeramente con una mano.

—¿Vamos con el pajarito? —preguntó Luva y Menade asintió la-deando la cabeza.

Luva abrió y, sigilosas, regresaron a la calle. Cerca de la rejilla, un gato blanco de ojos ambarinos acechaba al ave estropeada. Cuando Luva intentó ir en su ayuda, Menade la sujetó con fuerza del tobillo.

—¡Se lo va a comer! —gritó Luva.

El gorrión, aterrado, se movía frenéticamente, pero sus patas y alas parecían de hule pesado. El felino se colocó junto a la rejilla y una emanación erizó su niveo pelaje. Entonces su cuello dejó de soportar la cabeza, y sus cuatro patas se abrieron como si fuera de un gato de paño. El maullido de pánico horrorizó a Luva, que gritó tratando de soltar su tobillo. Dentro de la casa, Tekei escuchó el alarido de su hija y miró aterrada a Vessa. Ambas madres se apresuraron de inmediato a la calle. Luva logró zafarse de las delgadas manos de su amiga y se acercó al gato. Menade se revolcaba en el suelo y emitía gritos ahogados. Luva se arrodilló junto al felino y acarició su cabeza. Los ojos ámbar la contemplaban suplicantes. Entonces la exhalación proveniente de la rejilla sacudió el cabello de Luva, y Menade dejó de gritar. Vessa y Tekei corrieron hacia las niñas; dos hermosas criaturas de trapo, silentes, flácidas.



LENGUA DE DIABLO

EDITORIAL

ANDREA CIRIA

Ciudad de México, 1979. Novelista y cuentista. Maestra en literatura. 1er lugar: XXII Concurso Nacional de Cuento “Mujeres en vida”: Homenaje a María Luisa Bombal, 2019; mención honorífica: antología *Mala leche*, Convocatoria para Obra Inédita, Secretaría de Cultura del Estado de Morelos, 2019; 1er lugar: Publicación de Obra Inédita Lengua de Diablo Editorial, *Conjeturas imposibles*, 2017; mención honorífica: Primer Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila (2015).



Ex Libris Diaboli Lingua

Emanación

dos cuentos de Andrea Ciria
se editó en junio de 2020 en
el antiguo barrio de La Carolina
Cuernavaca, Morelos
y se compartió libremente.

El cuento “En la fotografía”,
fue publicado originalmente en
Voz de la tribu, no.6, UAEM, enero 2016.; y “Emanación”,
fue publicado originalmente en *Conjeturas imposibles*,
Lengua de Diablo, 2018.

Derechos reservados la autora y
Lengua de Diablo Editorial.



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL